

Con sello propio

por Candelas Álvarez Nuño

Semmelweis: Un gesto, dos vidas.

Cómo lavarse las manos salvó a madres y bebés.



La ciencia avanza gracias a instrumentos sofisticados, tecnologías complejas o descubrimientos de laboratorio, esto no es desconocido para nadie. Pero, en otras ocasiones, progresa gracias a hechos mucho más sencillos: observar con atención y atreverse a sacar conclusiones incómodas.

El sello emitido por Correos dedicado al lavado de manos hospitalario rinde homenaje precisamente a uno de esos pocos, pero brillantes, momentos en los que una idea simple cambia la historia de la medicina.

El protagonista que aparece en la imagen de este sello es Ignaz Semmelweis (1818-1865), obstetra nacido en Budapest y que trabajó en Viena a mediados del siglo XIX, época en que la Medicina comenzaba a profesionalizarse, pero en la que todavía quedaba mucho por saber sobre el mundo de los microorganismos.

Semmelweis protagoniza por aquel entonces uno de los episodios más singulares —y también más frustrantes— de la historia de la Medicina.

Por aquellos tiempos, en el Hospital General de Viena existían dos salas de maternidad. Curiosamente, las mujeres temían ser ingresadas en una de ellas... ¿Superstición...? Nada más cerca de esto... La razón era sencilla: en aquella sala tildada de maldita, la mortalidad por fiebre puerperal era mucho más alta que en la otra. La fiebre puerperal, infección que se produce tras el parto, en aquellos años era devastadora y llegó a causar cifras de mortalidad escalofriantes, por lo que lógicamente y con las habladurías de por medio, esa sala era temida.

Ante esta situación, Semmelweis decidió estudiar con detenimiento lo que ocurría. Revisó registros, comparó prácticas y profesionales observando con curiosidad casi detectivesca el funcionamiento de ambas salas.

Finalmente, detectó una diferencia llamativa: en la sala con mayor mortalidad, los partos médicos se atendían principalmente por estudiantes que, pocas horas antes, habían realizado autopsias en cadáveres infectados por microorganismos de la enfermedad que padecieron o por los propios de la putrefacción. Sin embargo, en la otra sala, la deseada por toda mujer para el gran día, las parturientas eran atendidas principalmente por matronas que habían lavado convenientemente sus manos con vistas al acontecimiento de traer una nueva vida al mundo.

La intuición del médico húngaro se puso alerta y fue brillante. Si los estudiantes pasaban de la sala de disección a la sala de partos sin ninguna medida de higiene, ¿no podrían estar transportando algo invisible que enfermaba a las parturientas o a los recién nacidos?

Hoy, esta hipótesis es evidente, pero en aquel momento todavía faltaban años para que científicos como Louis Pasteur o Robert Koch demostraran la existencia de los gérmenes patógenos. La microbiología era entonces como un mito o el sueño de un loco.

Semmelweis decidió imponer una medida muy concreta: Todo el personal debía lavarse las manos con una solución desinfectante antes de atender a las parturientas en ambas salas. El efecto fue inmediato. La mortalidad por fiebre puerperal descendió de manera espectacular en pocos meses.

Hasta aquí, esta historia puede parecer un triunfo científico a celebrar, pero, siempre hay un pero, ocurrió algo inesperado ya que algunos de sus colegas obstetras rechazaron la explicación. El motivo radicó en una cuestión de orgullo mal medida. Aceptar esta teoría implicaba reconocer que los propios

médicos, o los estudiantes bajo su responsabilidad, podían estar transmitiendo la enfermedad a sus pacientes, algo que hería profundamente al profesional de la época. La propuesta de Semmelweis fue entonces recibida con escepticismo y burla.

No puedo dejar pasar la anécdota, muy citada, que refleja bien el carácter apasionado del médico húngaro. Desesperado ante la negativa por parte de la comunidad médica, llegó a escribir cartas abiertas en las que acusaba directamente a algunos colegas de ser responsables de muertes evitables por no lavarse las manos. Era un luchador, está claro. Aquella forma de defender su idea no le ayudó a ganarse aliados, pero demuestra hasta qué punto estaba convencido de la importancia de su descubrimiento.

Pero a modo de cuento con final feliz, el reconocimiento de su trabajo llegó más tarde, cuando la microbiología confirmó que muchas infecciones se transmiten precisamente a través de microorganismos invisibles mediante contacto directo. Así pues, con el tiempo, Semmelweis pasó a ser considerado uno de los pioneros de la antisepsia y la seguridad del paciente.

El sello en torno al que gira este texto está dedicado al lavado de manos hospitalario haciendo recordar hoy esa historia que mezcla ciencia y memoria cultural. Aunque el COVID nos pusiera de nuevo a todos en alerta con las medidas de lavado de manos como medio para evitar la expansión de la infección, no es casual que esta práctica sea actualmente una de las recomendaciones más insistentes de la Organización Mundial de la Salud para prevenir las infecciones asociadas a la asistencia sanitaria. Para todo profesional sanitario, el gesto de lavarse las manos debe formar parte del ritual cotidiano antes de explorar a un paciente. Tan cotidiano, de hecho, que a veces olvidamos que hubo un tiempo en el que no era así...

Creo que resulta muy acertado que un pequeño objeto como un sello postal recuerde esta historia. Un pequeño sello que rememora un pequeño gesto y un gran logro, ya que detrás de algo aparentemente trivial se esconde una de las lecciones más valiosas de la Medicina: los avances más modestos, pueden salvar innumerables vidas si se aplican con rigor y constancia.